
POLITICA Y CULTURA EN EL FINAL DEL FRANQUISMO

Elias Díaz

análisis y debate



El pensamiento español en la primera mitad de los años setenta estaba ya intentando lograr y consolidar, con las limitaciones e insuficiencias propias de tantos años de dictadura y represión política e intelectual, algunas importantes conquistas culturales y sociales, la mayor parte de ellas con claros antecedentes en momentos anteriores y desde el final mismo de la guerra civil. Principalmente las siguientes: a) una necesaria reconstrucción de la razón, frente al anti-intelectualismo tradicional, pero también, con diferentes caracteres, como crítica más depurada ante los posteriores diversos irracionalismos de todo tipo; b) una cultura vinculada y orientada a la común conquista de la libertad y también de una real liberación humana; c) una recuperación del mejor pensamiento liberal, democrático y socialista español anterior a esa fecha; d) la definitiva superación de la ruptura con el exilio producido por la guerra civil y la reconstrucción de una verdadera comunidad intelectual con él; e) la casi total ruptura del aislamiento cultural y político español de todos esos años; f) el descubrimiento, para muchos, y la potenciación de la pluralidad lingüística y cultural de las regiones y nacionalidades que componen España.

En un libro que publiqué en 1974 en la Editorial Cuadernos para el Diálogo, traté ya de sintetizar los principales acontecimientos, autores, obras, hechos culturales, líneas de pensamiento, etc. actuantes en esas mencionadas direcciones durante la larga era franquista. A él, pues, me remito para lo acaecido hasta el final mismo de 1973¹. En estas breves páginas de ahora trato precisamente de completar, de algún modo, esa historia política y cultural (ambas dimensiones en conexión siempre compleja pero indudable) con lo acaecido en esos tensos y expectantes años de 1974 y 1975 en que se adivinaba ya la conclusión final de toda una época².

El resumen de los principales hechos de entonces tendría que comenzar con el de la formación, por encargo de Franco, del gobierno Arias Navarro (2 de enero de 1974) tras el atentado del 20 de diciembre de 1973 que costó la vida al Presidente Carrero Blanco, atentado llevado a cabo por un comando de la organización ETA³. El nuevo Presidente del Gobierno pronuncia semanas después ante las Cortes el discurso, supuestamente aperturista, que da lugar al entonces famoso «espíritu del 12 de febrero», espíritu considerado como totalmente evanescente e insuficiente por las fuerzas democráticas y, además, enseguida frustrado por la presión de los grupos ultraderechistas del régimen (el denominado «bunker»), siempre animados e impulsados por el propio Jefe del Estado y su más cercano entorno. Se produce, no obstante, en esos momentos un apreciable mayor margen de libertad de expresión en la prensa (con Pío Cabanillas como Ministro de Información) y también en la actividad de algunas moderadas «asociaciones» políticas. El 24 de febrero surge ya, sin embargo, el primer gran conflicto: el suscitado entre el gobierno y el obispo de Bilbao, monseñor Añoveros, con arresto domiciliario de éste, por una muy moderada homilía del obispo en favor del uso de la lengua vasca. Carr y Fusi han recordado cómo «el caso Añoveros empeoró gravísimamente las ya malas relaciones Iglesia-Estado. El episcopado español y el Vaticano apoyaron al obispo de Bilbao. Se dijo que el Papa tenía preparada la excomunión de Franco y del Gobierno en caso de que éste decidiera expulsar de España a monseñor Añoveros. Arias hubo de rectificar y retirar cualquier sanción contra el obispo de Bilbao; pero —señalan aquellos— el desgaste sufrido por su gobierno fue enorme»⁴. Aún mayor desgaste, descrédito e indignación produjo la ejecución (2 de marzo) del anarquista catalán Salvador Puig Antich⁵. Acciones estatales de este tan negativo carácter facilitaron y dieron lugar a un considerable aumento de la actividad terrorista (seguida, por supuesto, de nuevas medidas de represión dictatorial y de situaciones de «excepción»), activismo que culminaría en ese año con la trágica y criminal explosión, con once muertos, en la calle del Correo de Madrid, el día 13 de septiembre, obra también, probablemente, de un comando de ETA⁶.

La «Revolución de los claveles» en Portugal (25 de abril de 1974) constituyó, entre los demócratas españoles, un importante factor de renovada y cercana esperanza, a la vez que una espléndida oportunidad para una progresiva movilización y toma de conciencia de carácter popular: partidos políticos, símbolos y libertades, allí legales, aquí continuaban estando prohibidos. Entre los «ultras» hispánicos el sentimiento fue de temerosa reacción de defensa y cierre. La situación portuguesa estuvo muy presente entre nosotros en esos momentos, produciendo muy significativas y plurales repercusiones en nuestro panorama político y cultural. Nadie pensaba aquí, por supuesto, en una revolución de ese signo hecha por el Ejército, pero sí se exigían y desde siempre esos mismos objetivos y efectos democratizadores. Incluso el ibérico «orgullo nacional» se veía herido; ya no eran sólo los ingleses o los franceses: «hasta» Portugal se adelantaba a España en conseguir la democracia; después sería Grecia (el 23 de julio) poniendo fin a una dictadura militar de siete años. De repente, se descubría con simpatía al vecino y hermano Portugal, con quien —todos lo reconocemos— vivíamos (y vivimos) casi totalmente de espaldas. Ello produjo también una muy estimable, necesaria, literatura; se publicaron entonces, entre otros, los libros de Luis Carandell y Eduardo Barrenechea, *Portugal, sí*

(Cuadernos para el Diálogo, 1974); el propio Barrenechea con Antonio Pintado habían publicado en 1972 y en la misma editorial *La raya de Portugal. La frontera del subdesarrollo*; otros escritos de esos momentos —todos de 1974— fueron los de Juan Maestre: *Portugal, medio siglo de dictadura* (Cuadernos para el Diálogo, Colección Los Suplementos); Eduardo G. Rico: *La caída del fascismo portugués* (Ed. ZYX), o Xavier Roig: *Portugal: la muerte de un fascismo* (Ed. Laia) ⁷.

El debate, ampliado, de la izquierda sobre Portugal vino, pues, a dar en seguida lugar a frecuentes y muy significativas polémicas en torno a las vías de acceso en Europa a una democracia avanzada. Recojo aquí únicamente como símbolo la que se publicó por entonces en las páginas de «Cuadernos para el Diálogo» (revista de la que, como se ve y por haberla vivido desde dentro, me estoy sirviendo muy ampliamente aquí para este resumen sobre los años 1974-1975): se inició dicha sucinta polémica con un artículo de Jordi Borja y Josep Ramoneda: *Socialistas y comunistas en Europa occidental* (núm. 140, mayo 1975), en el que se propugnaba la unidad de la izquierda pero desde presupuestos más cercanos a los planteamientos comunistas y también a los del PC Portugués, siendo contestado con dureza y acierto por un colectivo de militantes del PSOE en el trabajo *Respuesta socialista a un artículo dogmático* (núm. 141, junio 1975), donde se calificaba de «neoestalinista» la actitud de tal «dogmático artículo» ⁸. Se publicaron también dentro de esa polémica (y en el mencionado núm. 144 de septiembre de 1975) las interesantes puntualizaciones socialistas —pero entonces no todavía en el PSOE— de Reyes Mate y Enrique Barón sobre *Comunistas y socialistas en Europa*.

En el esperanzador verano del 74 se replantea de nuevo, y con mayor intensidad en el panorama político español el tema, por un lado, de la sucesión en la Jefatura del Estado (don Juan nunca había renunciado a sus derechos de rey) y, en otros sectores, el de la necesidad de una definitiva transmisión de poderes al príncipe don Juan Carlos, cuando el 9 de julio el general Franco es internado en una clínica aquejado de un grave ataque de tromboflebitis. Fue el gran preaviso del definitivo final que produjo activa y expectante conmoción en todas las esferas y fuerzas políticas españolas. En el mismo julio se forma en París, entre algunos sectores de la oposición antifranquista, dirigidos por el partido comunista con participación de representantes de don Juan de Borbón (como Calvo Serer) y de otros grupos políticos menores (como los socialistas de Tierno Galván), la «Junta Democrática» que dinamizó no poco por entonces la vida política del país. La unidad de toda la oposición antirégimen llegaría más adelante con el acuerdo en ese sentido de la «Junta» y la «Plataforma de Convergencia Democrática», formada ésta en julio de 1975, con hegemonía del PSOE ⁹ y con la participación, entre otros, del Partido Nacionalista Vasco, de buena parte de los socialistas catalanes o de los grupos, diversos, de Ruiz-Giménez, Dionisio Ridruejo, etc. De ahí, de esas organizaciones y, por supuesto, de sus bases populares y sindicales, salió el impulso fundamental para el cambio de sistema a la muerte de Franco (no olvido con todo, al decir esto, a la Corona), impulso que decidió también a otros sectores reformistas del régimen a incorporarse y a colaborar en él. Pero (volvamos atrás) lo que por el momento hubo muy a finales de ese agosto del 74, fue el retorno del general a la Jefatura del Estado, la reasunción de todos sus poderes habituales y, con ello y otras cosas, el final de las ilusiones más o menos ingenuas, más o menos interesadas, de quienes únicamente querían una reforma abierta pero controlada de las instituciones franquistas ¹⁰.

Quedaba claro —ya lo estaba— que la principal fuerza y la dirección fundamental del cambio político tenía que radicar en la oposición democrática, desde siempre antifranquista; que no podrían aceptarse «asociaciones» más o menos domesticadas (dentro del Movimiento) sino sólo una legalización de todos los partidos políticos; que tendría, pues, que haber una total amnistía política y sindical y que no se admitiría una mera re-

forma de las «Leyes fundamentales» franquistas sino que se exigiría la libre elección de representantes del pueblo para la elaboración y promulgación de una verdadera Constitución democrática. A todo eso y a algunas cosas más, que no implicaban ni necesitaban la utilización de la violencia, es a lo que, como vía para el cambio, entonces se llamó «ruptura democrática»: la petición común, el creciente clamor popular fue en todos esos meses, y hasta el final —recuérdese— el de «¡amnistía y libertad!».

Mientras tanto, y como consecuencia, no única pero sí muy importante, de la crisis energética ocasionada por el gran alza en los precios internacionales del petróleo en 1973, la situación económica y la conflictividad social y laboral española se habían ido agravando enormemente en este 1974 y no harían sino aumentar en 1975. Es verdad que la crisis general, ideológica y cultural, se adivina y también se manifiesta en ciertos sectores —puede decirse desde 1968 (tal vez en esos niveles siempre estuvo presente como crítica al modo de producción capitalista), pero sólo se generaliza dramáticamente en sus efectos económicos y sociales algo después, precisamente a partir de 1973. Para nuestra circunstancia concreta, Carr y Fusi constatan que «la economía española experimentó entre 1971 y 1973 una de las fases de crecimiento más espectaculares de su historia, oscurecida sólo por la inflación»¹¹. Pero en 1974 la gran crisis económica es ya, también entre nosotros, el tema dominante; así, a modo de ejemplo, en enero de ese mismo año y bajo precisamente el rótulo *Economía: ¿el fin de una época?*, publica «Cuadernos para el Diálogo» (en muy extensa y detallada conversación con Ramón Tamames) un importante y premonitorio análisis de esa negativa situación que el régimen franquista trataba a toda consta de ocultar¹². Y hacia finales de ese 1974 la misma revista publicaba, coincidiendo con el Año Internacional de la Población, un número extraordinario titulado *Población-recursos: ¿Hacia el fin del crecimiento?* y otro, muy importante, *La noche capitalista* con, entre otras colaboraciones, una muy ilustrativa mesa redonda en la que toman parte Ernest Lluch, Julio Segura, Narciso Serra, Jacint Ros Hombrarella, Santiago Roldán, José Luis García Delgado, Luis Angel Rojo, Emilio Figueroa y Enrique Barón¹³. Para octubre de 1975, Ramón Tamames definiría ya la economía española bajo el signo y los caracteres temibles de la «estanflación» es decir, del estancamiento con inflación: y es así —no se olvide— como termina el franquismo, con ejecuciones y estanflación¹⁴.

¿Qué podía hacerse, qué se hizo, de hecho, con la cultura, con las llamadas «armas de la crítica» en esa difícil y ambigua situación? Se leyó bastante en esos años (posiblemente más que hoy), mucho en revistas, es cierto («Triunfo», «Cuadernos para el Diálogo», «Cambio 16», etc.) y también periódicos, pero igualmente libros; se publicó con generosidad y se tradujo hasta tal vez en exceso y un tanto indiscriminadamente: el resultado, todo sumado, me parece que fue bastante positivo. Y ello repercutió, y al propio tiempo fue efecto de una Universidad más crítica y viva que, por ejemplo, la que siguió al franquismo: la cultura y la Universidad contribuyeron así, desde luego que muy decisivamente, a la lucha contra la dictadura y a la implantación de la democracia en nuestro país. Para un «estado de la cuestión» sobre estos temas habría que ver hoy, entre otras cosas, el número monográfico (XLII) que «Cuadernos para el Diálogo» publicó en agosto de 1974, titulado precisamente, *¿Existe una cultura española?* Había allí un material que —con sus pros y contras— puede ser tomado, críticamente, como expresión de las ideas, autores, tendencias y hasta modas más presentes y operantes en aquellos momentos entre nosotros.

Yo, por mi parte, recordaría aquí como síntesis —además de otras cosas de historia, sociología, ciencia política, etc., más especializadas, editadas en estos años— la publicación de las siguientes obras, empezando por las de filosofía: Javier Muguerza, *La concepción analítica de la filosofía* (Alianza, 1974, dos tomos, con selección y extensa Intro-

ducción de aquél); Vidal Peña, *El materialismo de Spinoza* (Revista de Occidente, 1974); Francisco Fernández Buey, *Ch. Fourier y los elementos positivos de la utopía* (Prólogo a la obra de éste *El extravío de la razón*, Grijalbo, 1974); también reivindicando el sentido crítico y progresivo de la utopía, los libros de Eduardo Subirats, *Utopía y subversión* (Anagrama, 1975) y de Adolfo Sánchez Vázquez, *Del socialismo científico al socialismo utópico* (México, Era 1975); además, Emilio Lledo, *La filosofía, hoy* (Salvat, 1975); Enrique Tierno Galván, *¿Qué es ser agnóstico?* (Tecnos, 1975), etc.¹⁵.

Otros libros, tal vez estos más intermedios entre la filosofía y la crítica o el ensayo político (o también las ciencias sociales), serían por ejemplo —todos, excepto el primero, de 1975— los siguientes: la reedición de *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra de España*, de Manuel Azaña (en edición, con introducción y notas, de Manuel Aragón, Ed. Castalia, 1974), que tuvo también gran éxito en su puesta en escena por José Luis Gómez y Juan A. Gabriel y Galán; después, las críticas de José Luis Abellán en su obra *La industria cultural en España* (Cuadernos para el Diálogo) y la de José L. López Aranguren en *La cultura española y la cultura establecida* (Taurus); los evocadores e incisivos *Años de penitencia: Memorias*, de Carlos Barral (Alianza); el libro, con entrevistas, de Antonio Beneyto, *Censura y política de los escritores españoles* (Euros); el clarificador estudio de Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848* (Siglo XXI); los trabajos de J. A. González Casanova en *La lucha por la democracia en España* (Avance); el análisis sociológico sobre *El poder económico en España (1939-1970)*, de Carlos Moya (Tucar); los alegatos sobre *El resurgir del movimiento obrero*, de Nicolás Sartorius, con prólogo de Simón Sánchez Montero (Laia), o el tan difundido *Un proyecto de democracia para España*, de Ramón Tamames (Cuadernos para el Diálogo), todos ellos como digo aparecidos en 1975, año en que comienza, asimismo, a publicarse la revista «Tiempo de Historia». En ese postrer 1975, recuérdese, se celebró con importantes actos y publicaciones el centenario del nacimiento de Antonio Machado: ¡todo un símbolo este nuevo renacimiento del poeta justamente cuando moría irremediabilmente el viejo dictador!¹⁶.

En estos años se produjo muy tardíamente entre nosotros el gran despegue cultural e ideológico en el «tema de la mujer» y en las polémicas en torno a los movimientos feministas; recordemos aquí algunas de las publicaciones más destacadas: Lidia Falcón, *Mujer y sociedad* (Enlace, 1974); Alejandra Ferrándiz y Vicente Verdú, *Noviazgo y matrimonio en la burguesía española* (Cuadernos para el Diálogo, 1974); María Angeles Durán, *El trabajo de la mujer en España* (Tecnos, 1975). José M. Rodríguez Méndez, *Ensayo sobre el machismo español* (Península, 1975), y, de manera muy especial, el número monográfico, XLVIII (agosto de 1975) de «Cuadernos para el Diálogo» sobre *Las mujeres*, con una completísima participación, femenina en su totalidad, e igualmente en cuanto a los temas abordados¹⁷.

Hablando de la mujer, se podría hablar aquí enseguida de otros marginados, de otras violencias y de otros movimientos sociales que, por entonces, empiezan a empujar con fuerza en el ámbito de nuestra sociedad civil, frente a unas instituciones políticas, como las de la época, totalmente desfasadas y además fuertemente represivas. Habría, por ejemplo, que mencionar en esa línea escritos como los de Carlos García Valdés, *Hombres y cárceles* y *No a la pena de muerte*, ambos en Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1974 el primero (Col. Los Suplementos) y 1975 el segundo; en la misma editorial se había publicado un año antes (en 1973) el libro de Jesús Jiménez que abriría camino en pro de la libertad, sobre *La objeción de conciencia en España*, tema importantísimo sobre el que la revista «Cuadernos para el Diálogo» (y en otras, por supuesto) aparecieron por aquellos años otros muy coincidentes trabajos. Lo propio ocurría con el problema de la violencia que estaba (y está, por desgracia) en la calle y desde ahí en la prensa, pero que, sin

embargo, hasta después de la muerte de Franco no se pudo empezar a tratar más a fondo y en todas sus no idénticas dimensiones, como violencia institucional y no institucional, nacional e internacional, terrorismo, golpismo, carrera de armamentos, riesgo de guerra nuclear, etc.)¹⁸. Otras destrucciones, las ecológicas, dieron lugar entre nosotros, y desde el principio de los años setenta, a las primeras protestas firmes y a los primeros escritos críticos contra un sistema de producción y un sistema industrial que significaba, casi necesariamente, la total degradación de la naturaleza y del medio ambiente en que ha de desenvolverse la vida humana¹⁹.

Querría «cerrar» esta enumeración de publicaciones, haciendo sucinta referencia a algunas de las obras literarias —novela, poesía, teatro— aparecidas en España en este bienio 1974-1975: primero, entre la novela, la durante tanto tiempo prohibida *Réquiem por un campesino español*, de Ramón Sender (Destino, 1974); y entre lo nuevo, Juan Goytisolo, *Juan sin Tierra* y —fuera de este capítulo de la novela— su libro *J. M. Blanco White: Obra inglesa* (ambos en Seix-Barral, 1974); Camilo José Cela, *San Camilo, 36* (Alianza, 1974); José Manuel Caballero Bonald, *Agata ojo de gato* (Barral, 1974); Juan Marsé, *Si te dicen que caí* (publicada fuera de España en 1974); Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta* (Seix-Barral, 1975). Para la poesía, *Crónica general*, última obra por entonces de Juan Gil-Albert (Barral, 1974); *Cantos iberos*, de Gabriel Celaya (Turner, 1975) y *Las personas del verbo*, de Jaime Gil de Biedma (1975). En teatro (representado) *La Fundación*, de Buero Vallejo (1974), y (escrito y reeditado) *Noche de guerra en el Museo del Prado*, de Rafael Alberti (Cuadernos para el Diálogo, 1975), quien —fuera ya de este género— publica por entonces parte de su evocadora e interesante autobiografía en *La arboleda perdida* (Seix-Barral, 1975).

Fue un verano de muerte y de muertos el de 1975, que se prolongaría ya hasta el final mismo del otoño: empezó con la muerte de Dionisio Ridruejo el 29 de junio, muerte natural (totalmente antinatural, cuando faltaba ya poco tiempo para el final)²⁰, siguió con la locura de los asesinatos producidos en cadena por ETA, FRAP, GRAPOS y otros diversos grupos más o menos incontrolados, y terminó —ya en el otoño— con la extinción, tras cruel y larga agonía, del sempiterno Jefe del Estado, general Francisco Franco. En medio de tanta muerte hubo la detención, con procesamiento y expulsión del Ejército de los miembros de la «Unión Democrática Militar», la promulgación en agosto de un intolerable decreto-ley supuestamente antiterrorista pero fundamental antidemocrático y, finalmente, la explosión del conflicto con Marruecos por el Sahara, con «marcha verde» y demás, justo en los días en que Franco, ya desahuciado, era sometido sin piedad a operación tras operación, negándose sus adictos a aceptar lo que en verdad, y después de tantos años, a todos nos parecía imposible: su muerte y su desaparición de la vida política española y también de nuestras propias vidas.

No digo que para todos fuera así: pero para los de mi generación y para los más cercanos a ella, especialmente y con un carácter muy específico para los demócratas, aquella madrugada del 20 de noviembre de 1975 estoy seguro que quedará ya para siempre en sus memorias como algo absolutamente imborrable, y también a la vez como algo que venía a abrir entre los españoles nuevas e inciertas posibilidades de esperanza. Uno no acababa de creerse que fueran, al fin, verdad aquellas tres palabras —«Franco ha muerto»— que aparecían silenciosas, inmóviles, fijas durante largos minutos en la pantalla fría del televisor, aquellas palabras que la gente se repetía en voz baja por el teléfono o al encontrarse apresuradamente en la calle —el momento era de serenidad más que de bullicio—, las que estaban en letras enormes en la primera página de todos los periódicos, las que se desgranaban monorítmica e insistentemente en los teletipos de todo el mundo en aquellos momentos: «Franco ha muerto». El futuro, este futuro había, al fin, comenzado²¹.

¹ ELIAS DIAZ: *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*. Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1974; 2.ª ed., 1978; en la actualidad estoy preparando su tercera edición que llegaría ya, para cerrar la era franquista, hasta 1975.

² Entre las numerosas obras sobre el franquismo que se citan en la bibliografía final de mi libro, me he servido aquí para reconstruir y sintetizar la historia de esos dos años de, fundamentalmente, los números correspondientes (ordinarios y extraordinarios) de la revista «Cuadernos para el Diálogo». También he tenido al lado los libros de RAYMOND CARR y JUAN PABLO FUSI: *España, de la dictadura a la democracia* (Barcelona, Ed. Planeta, 1979) y JOSE ANTONIO BIESCAS y MANUEL TUÑON DE LARA: *España bajo la dictadura franquista: 1939-1975* (Barcelona, Ed. Labor, 1980), así como —para los aspectos culturales— las contribuciones de JOSE LUIS ABELLAN sobre *El ensayo*, en los volúmenes de Ed. Castalia, *El año literario español 1974* (Madrid, 1974) y *El año literario español 1975* (Madrid, 1976), págs. 71-77 y 69-89, respectivamente; asimismo, claro está, mis propias notas de aquellos años.

³ JULEN AGUIRRE: *Operación Ogro. Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, 2.ª ed., Bilbao. Hordago Publicaciones, 1978.

⁴ CARR-FUSI: *Ob. cit.*, pág. 258.

⁵ Estos y otros hechos represivos con que se inició el gobierno Arias hicieron desaparecer enseguida toda posible confianza no ya en una real liberalización y democratización del régimen franquista (imposible por sus mismos presupuestos y más a esas alturas) sino incluso en la relativa apertura anunciada en el «espíritu del 12 de febrero». Decía, por ejemplo, RUIZ-GIMENEZ en Radio Baviera el 9 de abril (en entrevista hecha por José Moll), dando cuenta de esa regresiva situación: «la ejecución de las penas de muerte impuestas por consejos de guerra, la apertura de una situación conflictual con el obispo de Vizcaya, monseñor Añoveros, y otras cosas semejantes», señalaba Ruiz-Giménez, hacen que «tengamos grandes dudas de que pueda cumplirse ese programa de una relativa liberalización, de una relativa evolución del régimen» (entrevista reproducida en «Cuadernos para el Diálogo», núm. 128, mayo 1974, pág. 21). *Cfr.* en ese mismo sentido y en esa misma revista (núm. 130, julio 1974, pág. 40) la certera crítica de GREGORIO PECES BARBA al regresivo discurso del presidente Arias del 15 de junio en Barcelona, en su nota *Las asociaciones del 12 y el derecho de asociación*, tema central (con los prohibidos partidos políticos de fondo) en aquellos momentos.

⁶ Sobre este hecho y sobre algunas implicaciones y consecuencias, *cfr.* el relato de LIDIA FALCON: *Viernes y 13 en la calle del Correo*, Barcelona, Ed. Planeta, 1981.

⁷ Amplia repercusión tuvo, en efecto, la revolución portuguesa en la prensa y en las revistas políticas españolas, siendo también ocasión, como digo, no sólo para un elogio teórico, más o menos abstracto, de la democracia, sino a la vez, y sobre todo, para un debate —en parte también válido para nosotros— sobre las posibles vías («comunista-cunhalista», eurocomunista, tercermundista, socialista, etc.) de evolución y profundización del sistema democrático en las concretas circunstancias de la Europa occidental justo en los inicios de la última crisis capitalista. Recuérdese, en este sentido y a modo de ejemplo, el número extra XLI de «Cuadernos para el Diálogo», número monográfico sobre *Portugal, el fin de una dictadura* (junio 1974); el temor oficial a las indudables connotaciones democráticas de la «lectura española» de los sucesos portugueses lo atestigua el secuestro que el Juzgado de Orden Público ordenó de dicho número y la posterior supresión de diecinueve páginas del mismo que recogían una amplia encuesta de opinión sobre la revolución del 25 de abril. Al año siguiente en la misma revista (núm. 139, abril 1975) se publicó otra encuesta con políticos españoles sobre *La vía portuguesa*: entre otros, participaba ya con su nombre y apellido real y hasta con fotografía —debió ser una de sus primeras públicas apariciones— el entonces nuevo, reciente, secretario general del PSOE, Felipe González. *Cfr.* también para las polémicas repercusiones internas del tema en «Cuadernos para el Diálogo», el editorial del número 141-142 (junio-julio 1975) *El laberinto portugués* y la crítica de JULIAN GUIMON: *Pluralismo democrático*, núm. 145 (octubre 1975).

⁸ Firmaban por orden alfabético esa réplica socialista, Pablo Castellano, Víctor Martínez-Conde, Emilio Menéndez del Valle, Gregorio Peces Barba, Manuel de la Rocha, José Félix Tezanos, Leopoldo Torres Boursault y Virgilio Zapatero. Dicho núm. 141 de «Cuadernos para el Diálogo» (junio 1975) ya impreso, fue secuestrado por el Ministerio de Información y Turismo por lo que, prohibida su distribución, no pudo llegar a los lectores de «Cuadernos». Los de la casa pudimos salvar, como era habitual en estos casos, algunos ejemplares; yo conservo el mío que no figura, sin embargo, en las colecciones oficiales de «Cuadernos para el Diálogo»; *cfr.* sobre tal secuestro la «Nota de la redacción» que apareció en el núm. 144 (septiembre 1975), pág. 19.

⁹ Para entonces el PSOE ya había celebrado, del 11 al 13 de octubre de 1974, su decisivo XIII Congreso, último en el exilio, en Suresnes (Francia), en el cual se emprendió la definitiva renovación del partido y en el que fue elegido secretario general Felipe González. En noviembre de ese mismo año el PSI (Partido Socialista en el Interior), de Tierno Galván, se transformó (hasta 1978 en que se fundió en el PSOE) en «Partido Socialista Popular». Algunos otros datos y bibliografía sobre estas cuestiones, pueden encontrarse en mi libro *Socialismo en España: el partido y el Estado*, Madrid, Ed. Mezquita, 1982 y también en mi nota *Socialistas bajo el franquismo*, «Sistema», núm. 32, enero 1983, págs. 119-127.

¹⁰ La destitución por Franco del ministro aperturista de Información Pío Cabanillas el 29 de octubre, seguida de otras dimisiones y abandonos, significó para muchos reformistas del régimen —dicen Carr y Fusi— (*ob. cit.*, pág. 261) «el final de la línea política del 12 de febrero».

¹¹ R. CARR y J. P. FUSI: *Ob. cit.*, pág. 249.

¹² Núm. 124, págs. 17-29, importante entrevista sobre dicha situación económica hecha por Vicente Verdú a Ramón Tamames, el cual no deja con todo de subrayar que antes del 73, antes de empezar la crisis energé-

tica, «la economía española ya se adentraba —dice— en una fase de desaceleración». Cfr. también de RAMON TAMAMES su libro *La polémica sobre los límites del crecimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

¹³ «Cuadernos para el Diálogo», respectivamente, núms. extraordinarios XLIII (noviembre 1974) y XLIV (diciembre 1974).

¹⁴ RAMON TAMAMES: *El otoño de la economía española*, «Cuadernos para el Diálogo», núm. 145, octubre 1975, págs. 13-21. Por cierto que en este número de octubre de 1975, que iba a ser también el definitivo «otoño del patriarca», no se pudo hablar en «Cuadernos para el Diálogo» de la crítica situación creada en el país a consecuencia de las cinco ejecuciones, de miembros del FRAP y ETA el 27 de septiembre, que motivó muy amplia repulsa de todos los países democráticos; en tan difíciles momentos sólo pudo publicarse la siguiente nota: «Por razones de carácter administrativo nos hemos visto precisados a sustituir el editorial que encabezaba este número por el que ahora tiene el lector ante sí. Los lectores sabrán comprender que nuestro silencio sobre algunos temas que a todos nos preocupan se debe a causas ajenas a nuestros deseos». Aunque ya por poco tiempo, un denso y pesado silencio volvía a caer otra vez, al final, sobre esa incierta y temerosa España.

¹⁵ Cfr. en relación con ello, además de otros trabajos como los de Abellán, París, etc., citados en mi libro (cfr. nota 1), el discutible e interesante número 3, monográfico, de la revista «Zona Abierta» (nacida en el otoño de 1974) sobre *La filosofía actual en España* (primavera de 1975).

¹⁶ Se publicó entonces, y entre otros, el espléndido número monográfico *Antonio Machado (1875-1939)* de «Cuadernos para el Diálogo» (XLIX), precisamente en ese mismo noviembre de 1975. José Luis Abellán (en sus ya citados ensayos sobre *El ensayo*, cfr. *supra*, nota 64) nos señala, además, otros aniversarios y conmemoraciones de esos años, con indicación de las principales publicaciones en torno a ellos: así, en 1974 el V Centenario del nacimiento de Fray Bartolomé de las Casas, y en 1975 la celebración del Año Internacional de la Mujer que, prescindiendo de la parafernalia de adorno, dio también lugar a muy positivos aunque todavía insuficientes avances de mayor conocimiento e igualdad real.

¹⁷ Para algunas cosas anteriores, reenviaría a los siguientes Suplementos de «Cuadernos para el Diálogo»: núm. 21, MARIA JIMENEZ BERMEJO: *Sociología del trabajo de la mujer* (1971); núm. 27-28, de varias autoras, *Mujer y aceleración histórica* (1972), y núm. 46, MARIA DEL PILAR DE LA PEÑA, *La condición jurídica y social de la mujer* (ya en 1974).

¹⁸ No he podido tener a mano, cuando escribo estas líneas, el libro de entonces escrito por E. BASELGA y S. URQUIJO: *Sociología de la violencia*, Bilbao, Ed. Mensajero, 1975. Como digo, después de la muerte de Franco y hasta hoy mismo (en que la violencia sigue activa) se han publicado ya algunas obras, tampoco muchas, sobre esta decisiva cuestión, central —en su dimensión terrorista y golpista— para la convivencia en la España de nuestro tiempo y —en su dimensión nuclear armamentista— hasta para la mera supervivencia económica y física de la vida humana en nuestro planeta.

¹⁹ Citaré, a modo de ejemplo, y dentro de esa inagotable fuente de documentación e información que fueron los Suplementos de «Cuadernos para el Diálogo», el núm. 22, de J. Catalán Lafuente, M. Martínez Merino y C. García Arcones sobre *La era de la destrucción. La degradación de la naturaleza* (1971) o el núm. 31 de Eduardo Martínez de Pisón sobre *La destrucción del paisaje natural en España* (1972).

²⁰ Mucho y bien se ha escrito después, y merecidamente, sobre Dionisio Ridruejo; de aquellos momentos de su muerte recuerdo aquí el editorial y varios artículos a él dedicados, publicados en el núm. 141-142 (junio-julio de 1975) de la revista «Cuadernos para el Diálogo».

²¹ Ya que tanto estoy citando aquí a «Cuadernos para el Diálogo» (más que nada como símbolo de lo que también estaba en otras publicaciones democráticas), hago observar para terminar que, en efecto, la muerte de Franco se enfocó en todo momento allí como inicio esperanzador de ese, de este, actual futuro: el extenso editorial que se publicó en el mismo número, 146, de noviembre de 1975 llevaba ya como rótulo *España después de Franco: el reto*; y el artículo de fondo de Ruiz-Giménez se denominaba *Los deberes del tránsito*. La cubierta gráfica, por su parte, del número 147, de diciembre de 1975, con una gruesa sogá —eran muchos los que de ella tiraban— a punto de romperse (el «atado y bien atado» no resistiría la ruptura democrática), llevaba como único título (¡y en grandes letras rojas!, podrá hacer hoy observar más de uno) aquellas, otra vez, tres solas palabras: *España quiere democracia*.